

LA SAEETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 10 DE DICIEMBRE DE 1896

NÚM. 316

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS



MR. CLEVELAND.

MADRID POR HORAS

¿Quién era López?

Un ilustre desconocido que conocía á todo el mundo. Días pasados, con las manos metidas en los bolsillos y el cuello de la chaqueta hasta las orejas, pateaba junto á la monumental farola (que pondrán con el tiempo) de la Puerta del Sol.

Eran las doce en punto, la hora fatídica del cocido misterioso.

Caía *la bola* en el reloj de Gobernación.

Y él caía también.

En su estómago podrían comerse sopas en aquel momento.

¡Tan limpio estaba!

¡Que un hombre de mi talento (monologaba) no almuerce casi nunca, ni celebre las Pascuas como los demás mortales! ¡Ira de Dios!... y poniendo los ojos en blanco, se dió un bocado en la solapa.

Si yo fuera un pillo, un granuja, sería un personaje, tendría coche, caballos... ¡y me comería los caballos; vaya si me los comería! pero soy un hombre honrado, un profesor de oboe ilustrísimo, premiadísimos, inspiradísimos, artístico, capaz de tocar lo intocable con mi instrumento; si lo tuviera, porque yo, creo que si me dieran un oboe, la multitud pasmada, electrizada y subyugada, me nombraría director del Conservatorio, profesor sobrenatural de oboe y Ministro filarmónico de oboe... Caballero... (esto, dirigiéndose á uno que así lo parecía) soy profesor de oboe, y aun no he almorzado todavía, es la primera vez que pido... (Dios le ampare) mire usted que se lo pido con mucha... (¡¡que Dios le socorra!) y soy profesor de oboe (¡vaya usted al demonio!)

¿Al demonio, eh? la *sociédaz* me desampara, pues ahora verá la *sociédaz*, la buena *sociédaz*!...

Se encaminó á su casa, es decir, á su ex guardilla, de la cual no pudo echarle el casero, ni la fuerza armada.

Porque le bajaban los *muebles* á la calle, los cogía otra vez, y arriba con ellos; en un viaje.

López, subió á su guardilla colérico, tomó un tarro de pimientos (sin pimientos), lo llenó de *algo* que no podemos decir, y lo envolvió cuidadosamente.

Después arregló unos envoltorios sospechosos... ¿se había *vuelto* anarquista el profesor de oboe?

Las maldiciones se sucedían en su boca como relámpagos y no hacía más que morder unos huesos largos que sacó de una espuerta.

¿Serían huesos de burgués?

¿O serían los restos de un puño de bastón que le regalaron en Belchite cuando hizo *Toros de puntas*?

Porque López *trabajaba* algo.

Pero no divaguemos.

López con las cinco botellas en una mano y otro envoltorio á cuestas, bajó de siete en siete las escaleras.

Atravesó varias calles.

En la del Pez, entró en un portal muy grande.

—¿El marqués de Remolacha?

—Sí señor, ¿algún regalo anticipado de Navidad?

—¡Sí, un regalo del Obispo!

—Suba usted la escalera de mármol, y entréguelo al portero mayor.

López subió lúgubrementes; sus pasos repercutían sobre su estómago como martillazos en un ataúd...

—Para el señor marqués...

—De parte...

—Se me ha perdido la tarjeta... ¡de un Obispo!

—Espere, se le dará la propina, contestó el portero, que se parecía mucho á Becerra, y sacó un duro legítimo, levantándose las faldas del galoneado redingot.

López cogió el duro con ambas manos, y bajó las escaleras de tres en cuatro.

A los pocos momentos, el marqués desenvolvía el regalo.

Y López, comía un succulento plato de judías y unas hermosas chuletas en el Petit Fornos.

Resolví el problema para las próximas fiestas, se decía aquella noche, haciendo en su casa nuevos envoltorios... ¡guerra á la *societaz* regalada!

¡Y que no van á ser propinas las que me voy á chupar con mis regalos *fizticios!*

En este paquete meteré los siete ladrillos que le quedaban al casero bailando en el pavimento.

Parecerán por el peso *ojetos* de Sevres...

¡Ladrillos! algún personaje gordo me los pagará á peseta uno con otro...

Y apurando una botella de lo tinto que tapaba con una vela, se arrinconó en su catre el buen López, esperando el nuevo día...

José BRISSA



HUMORADAS

I

Teme á las ilusiones
que es peor la ilusión que las pasiones.

II

Que bien has aprendido en tu provecho
que ser mala es un cálculo mal hecho.

III

Fué causa de mis muchos desencantos
una asceta instruida,

que aprendió por las vidas de los santos
las cosas menos santas de la vida.

IV

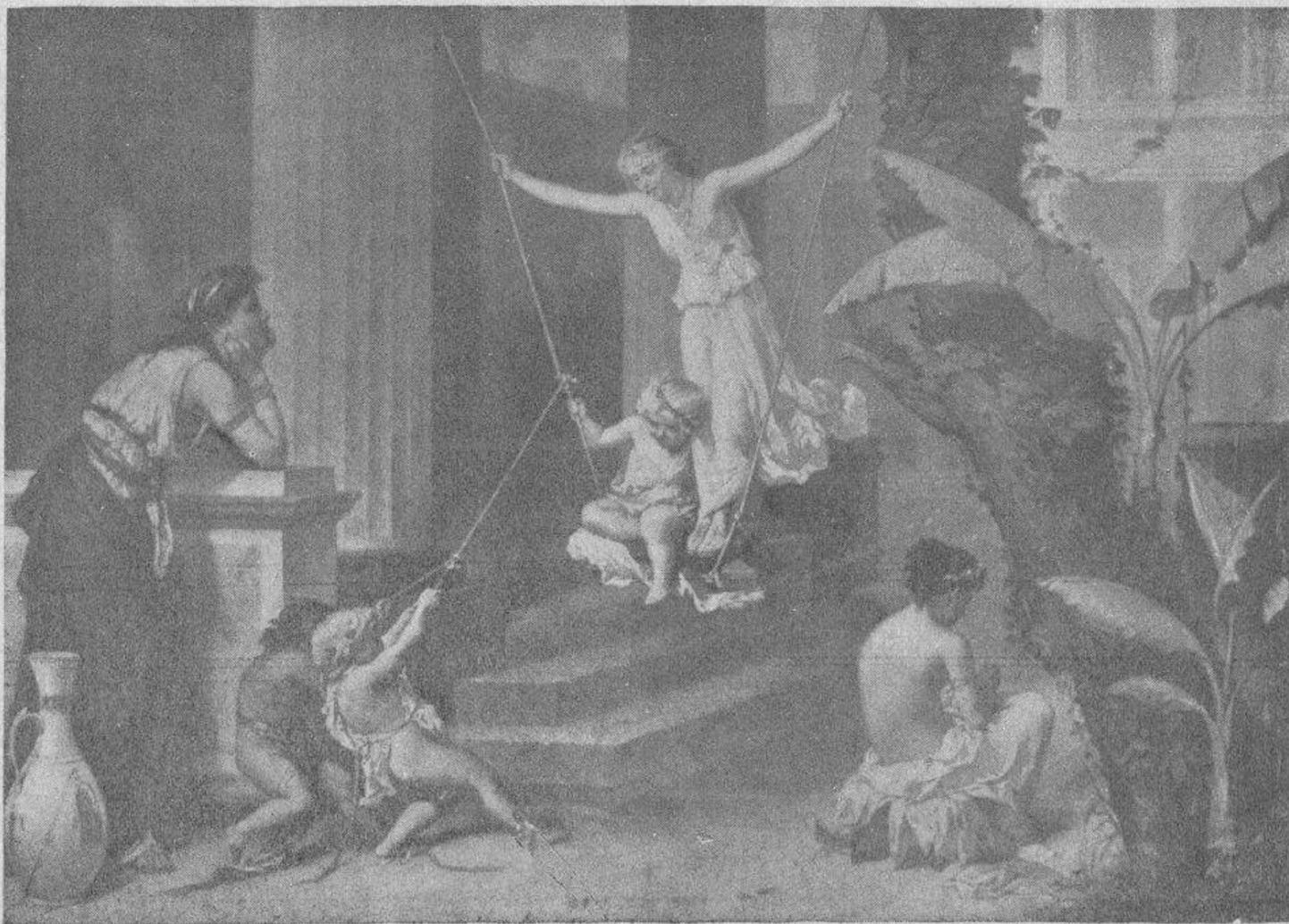
El amor es un himno permanente
que, después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve á repetir eternamente.

V

Jamás mujer alguna
ha salido del todo de la cuna.

CAMPOAMOR

J. COOMANS



EL COLUMPIO.

ELEGÍA

Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría,
El silencio solo
Y el dolor la habitan.
Cuanto en ella veo
Mi tormento aviva,
Porque me recuerda
Que mi gloria es ida.
¡Ay! por ella siempre
Creo que suspira
Todo lo que un tiempo
Era su delicia.
Si un paso se escucha,
Si de una cortina
El aire temblando
Los pliegues agita,
Sueño que ella viene
Lenta y compasiva,
Siéntase á mi lado
Con melancolia,
Y son las palabras
De su sombra amiga
Como vibraciones
De celeste lira.
La ilusión se borra.
Y luego, intranquilas,
Otra vez sollozos,
Sin consuelo, envían
Al turbado viento
Dos almas heridas:
¡Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría!
¡Pobre compañero!

¿Buscas las caricias
De la blanca mano
Que alegre lamias?
No, ya no te peina,
Ni tus lanas riza,
Y andas como loco
Desde el negro día,
Arriba y abajo,
Abajo y arriba,
Arrastra la cola,
Turbada la vista.
Si á la puerta llaman,
Ni corres, ni brincas,
Y con sordo aullido
Tu dolor publicas,
Porque ya no la oyes
Como antes solias.
Y cuando mis ojos
A *Blancaflor* miran,
Que á su cariñosa
Voz se sonreía,
Recibiendo de ella
Movimiento y vida,
Blancaflor ¡qué triste!
¡Triste *Rosalinda*!
Sus ojos de piedra
En los míos fijan,
Y se abren sus labios,
Y crueles me gritan:
—«¡Ya no hay en tu casa,
Ya no hay alegría!»
Con el sol de mayo
Y sus auras tibias,

De verdor se cubren
Prados y colinas;
La ciudad revive,
Los bosques suspiran,
Despiertan las chozas,
Los nidos palpitan.
Por aquí formaba
Con malvas y espigas,
Ramos de amapolas
Y de campanillas.
Los revueltos giros
De agua cristalina,
O una mariposa
Por allá seguía.
Esta acacia fresca
Sombra dió á mi Elisa,
Música esa fuente
Con las avecillas.
¡Cómo estas memorias
De mis muertas dichas,
Al nublar mis ojos
Nublan la paz mia!
Lirios y jazmines
Son para mi ortigas,
Y es el alba noche,
Y la rosa espinas,
Y la voz del ave
Canto de agonía.
Torno á casa, y crece,
Crece mi fatiga:
¡Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría!
VENTURA RUIZ AGUILERA

J. COOMANS



TERROR PÁNICO.

AMOR Y MUERTE

(DE UHLAND)

El río cantando cruzan
Tres alegres camaradas,
Y gritan así á la puerta
De la próxima posada:
—Buena mujer, ¿dónde tienes
La cerveza y la muchacha?
—En esta botella espuma
La cerveza aprisionada,
Y la niña está expirando
En esa lóbrega estancia.

En el obscuro aposento
Entran los tres camaradas;
Y á la niña ven envuelta
En la fúnebre mortaja.
Uno de ellos, conmovido,
El blanco cendal levanta,
Y así diz, mientras los ojos
En la muerta joven clava:
—Tan niña, tan inocente,

Y tan hermosa: ¡qué lástima!
Si no la mirase yerta,
Hoy de ella me enamorara!

Otro de los tres mancebos,
Llenos los ojos de lágrimas,
Dice, arrojando de nuevo
El velo á la frente pálida:
—¡Pobre niña! ¡tantos años
Que la amé con toda el alma!
Hoy el sepulcro con ella
Ha bajado mi esperanza.

Mas el tercer compañero
Otra vez el velo aparta,
Y así prorrumpe, imprimiendo
Un beso en la boca helada:
—Has muerto, pero ¿qué importa?
Lo mismo que ayer te amaba,
Hoy, idolatrada niña,
Te amo y te amaré mañana!

TEODORO LLORENTE

J. COOMANS



UN COMPLIT

HISTORIA VULGAR

Ella, la muchacha de nuestra historia, es tan pobre como hermosa, y ha tenido la desdicha de que se ha enamorado de ella un joven de gran figura, perteneciente á la buena sociedad.

Es claro, ella le amó en seguida con toda la fuerza de que es capaz la juventud. El le jura, — ¡como siempre! — serle perpetuamente constante; y ella, en su deliciosa ignorancia, cree á ojos cerrados todo lo que él le dice, ni más ni menos que si fuera el evangelio

Amando ¡es tan dichosa! todo le parece bello y sonriente. ¡Pero hay tanta diferencia entre lo que parece y lo que es! Generalmente lo malo parece bueno y lo amargo dulce.

El joven de nuestra historia ama muy á la ligera á la pobre muchacha. Le jura que se casará con ella, pero seriamente no piensa en tal cosa. La quiere para entretenerla. Cuando decida realmente casarse, buscará una joven elegante, distinguida y rica, en fin, una joven de su clase.

Y así sucedió. He aquí que ya ha encontrado á la joven de su clase, y desde entonces, todos los días, cuando se separa de la pobre, va á enamorar á la rica. No es que á ésta la ame más que á aquélla, pero ésta le conviene, y ante todo hay que atender á las razones poderosas. Los padres de ambos enamorados están muy contentos con el proyectado matrimonio, y los novios pertenecen á una misma esfera social. Así ha de ser para casarse. Un caballero puede engañar á una hija del pueblo, pero ¿casarse con ella? sería una barbaridad imperdonable. Así al menos lo ha establecido la buena costumbre.

He aquí que corre el rumor de que el joven va á hacer un gran casamiento. Corre el rumor y nadie puede impedir que llegue á oídos de la muchacha. Ella se entristece y llora y se desespera, y él ¡el infame! ni siquiera acude á consolarla.

Pasan días y días y llega el de la celebración del matrimonio. Los convidados sonríen alegremente y los novios aseguran que se aman con delirio.

Entretanto, melancólica, enferma, ignorada, la pobre joven siente que su vida se consume. En brazos de su madre, ó tal vez solamente en los de la miseria, la infeliz piensa todavía en el ingrato, en el miserable, que á pesar de ser infame, ocupa un gran puesto en la escala social y es dichoso en brazos del nuevo amor.

La niña abandonada expira después de largos padecimientos. Y el mundo sigue tranquilamente su marcha y el sol no se oscurece. ¿Acaso tiene alguna importancia esta historia tan vulgar? Que disfrute alegremente el caballero, lleno de honores y riquezas, y que la pobre joven engañada descanse en el seno de la madre tierra. Al menos ya no padece.

Y entonemos un himno en loor de nuestra magnífica constitución moral y social.

JOSÉ MARTI FOLGUERA



MI MUJER

Ocho días después de mi casamiento, recibí la visita de Daniel Gascón, mi antiguo camarada. Vino tan pulcro, atildado y elegante como siempre. La verdad es que sus ocupaciones no eran muchas.

—Chico, de dónde sales tan temprano! Me parece que aun no han dado las nueve.

—Hoy almorzaré contigo, si en ello no tienes inconveniente. Hasta las once no salimos. Vamos de campo.

Almorzamos, y charlando de mil cosas indiferentes, se le ocurrió decir á Gascón:

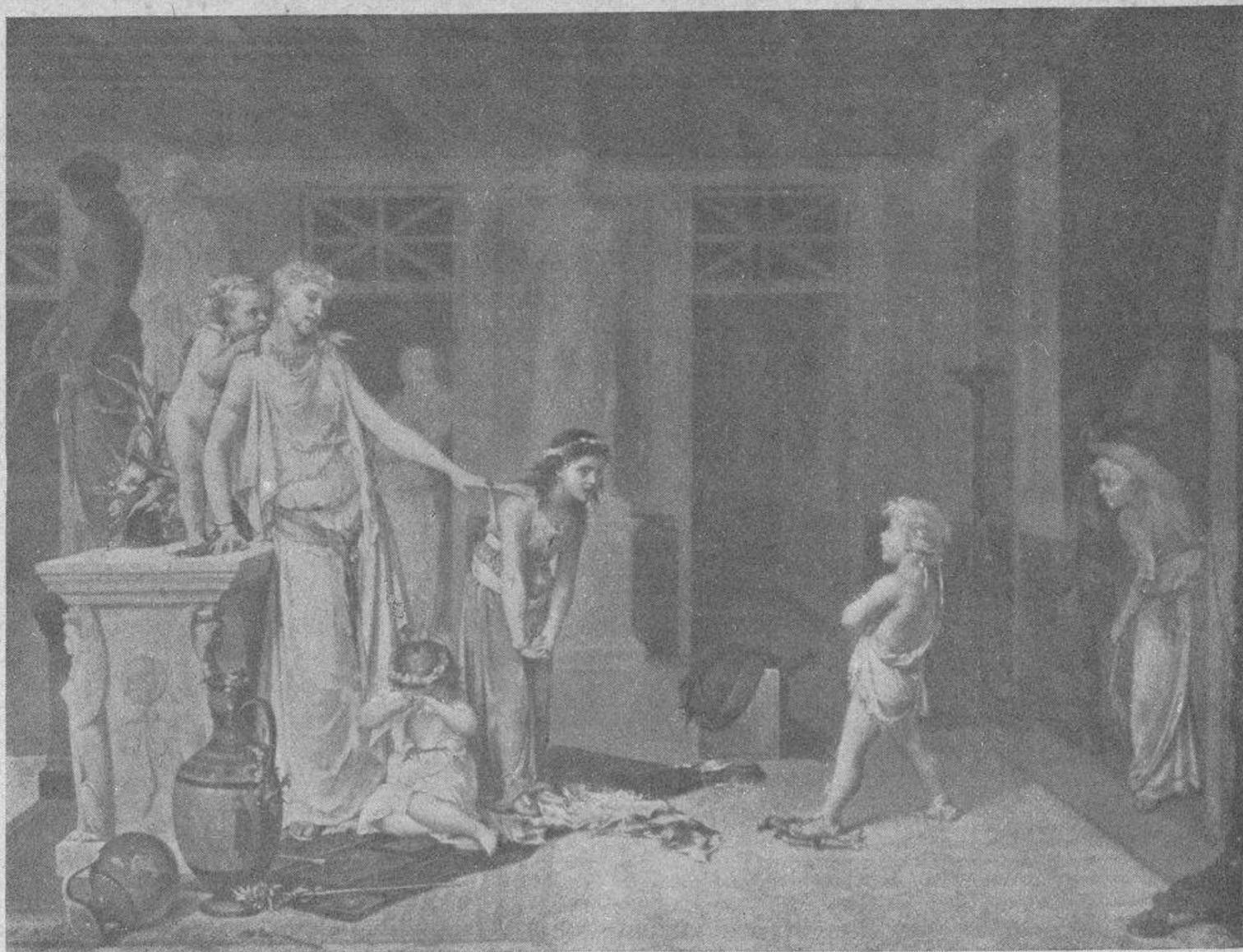
—Comprendo tus excentricidades. Algunas, me hacen gracia, ¡qué diablo! tú no dejas de tener talento; pero la verdad, la última salida tuya, la de tu boda, ha sido una verdadera salida de tono. Creo que no te ofenderás.

Dudé un momento entre volver la espalda á aquel imbécil y hacerle comprender que me había portado como se portan los hombres. Opté por lo último, y añadí:

—No ignoro, que entre vosotros, entre los elegantes se me pone de oro y azul por haberse casado todo un abogado con una mujer cursi, así decís vosotros. No, mi mujer, podrá ser modesta, pobre, pero cursi? Los cursis sois vosotros que no dais pie en bola en nada.

—Chico, si he molestado, perdona.

—No, hombre, qué me has de ofender! Pero escucha: Si alguna mujer hay en el mundo digna de respeto y simpatía, es esa que has visto. La conocí en la cárcel, es hija de un hombre que está en presidio. No importa, verás como tengo razón. ¡Ah! es huérfana de madre, ni tiene tampoco hermanos.



EL DESAFÍO.

Una tarde Pascual Sáncho, hoy mi suegro, llegó á su casa triste y cabizbajo. Arrojó veinte pesetas sobre la mesa y dijo casi llorando:

—Hija mía, allí va eso, lo último que ha de ganar tu padre. Me han despedido por viejo.

Dolores, disimulando la pena que le agobiaba contestó:

—¿Y se apura V., padre? Para qué tengo yo buenos los ojos y los dedos? Mañana verá V. como encuentro quehacer.

Y encontró; pero á los burgueses les gustan los cuerpos airosos y la carne fresca. Dolores es bonita. Adelante, un mes hacía que trabajaba la muchacha, cuando vió que estaba sitiada por todas partes. El cerco iba estrechándose; pero Dolores se defendía como un atleta. Cierta noche, el albañil encontró á su hija llorando y golpeando el suelo furiosamente.

—Deshonrarme? Primero.... primero me mato.

El humilde pajarillo estaba delante de la serpiente; pero alguien se interpuso. Fué Sancho el honrado albañil que de espaldas á Dolores, hizo blanco en el bicho.

Al cabo de un año se vió la causa en juicio oral.

—El procesado —dijo el presidente—tiene algo que añadir á su declaración?

—Si, señor. Maté por defender mi honor y el de mi hija. Si me encerráis ¿qué va á ser de ella?

El albañil fué condenado á diez años de presidio.

Cuando ya de vuelta, estábamos en la cárcel, Pascual Sáncho me dijo llorando:

—Gracias, gracias, señor defensor. No me asusta el presidio más que por.... por.... esa infeliz que se quedó sola.... sola, sin amparo de nadie.

Hace seis meses que me he casado con la hija de Pascual Sáncho. A este le han alcanzado ya dos indultos y no tardará en volver. Los goces que he disfrutado y los que me esperan, no pueden compararse con los vuestros, Gascón. Vosotros gozáis con la carne, yo con el espíritu. Os gano.

F. GIRALDOS ALBESA

CUADROS DE GÉNERO, por J. WORMS.



CADA EDAD SUS PLACERES.



UN BARBERO DISTRAÍDO.



DELANTE DEL ALCALDE.



UNA VOCACIÓN.

EL PREMIO GORDO

Allá en tiempo de Godoy, el caudal de los Torres nobles de Fuencar, se contaba entre los más saneados y poderosos de la monarquía española. Fueron mermando sus rentas las vicisitudes políticas y otros contratiempos, y acabó de desbaratarlas la conducta del último marqués de Torres-nobles, calaverón despilfarrado que dió mucho que hablar en la corte cuando Narváez era mozo. Próximo ya á los sesenta años, el marqués de Torres nobles adoptó la resolución de retirarse á su hacienda de Fuencar, única propiedad que no tenía hipotecada. Allí se dedicó exclusivamente á cuidar de su cuerpo, no menos arruinado que su casa; y como Fuencar le producía aún lo bastante para gozar de un mediano desahogo, organizó su servicio de modo que ninguna comodidad le faltase. Tuvo un capellán que, amén de decirle misa los domingos y fiestas de guardar, le hacía la partida de brisca, burro y dosillo (tales sencilleces divertían mucho al ex conquistador), y le leía y comentaba los periódicos políticos más reaccionarios; un mayordomo ó capataz que cobraba á toca teja y dirigía hábilmente las faenas agrícolas; un cochero obeso y flemático que gobernaba solemnemente las dos mulas de la carretela; un ama de llaves silenciosa, solícita, no tan moza que tentase ni tan vieja que diese asco; un ayuda de cámara traído de Madrid, resto y reliquia de la mala vida pasada, convertido ahora á la buena como su amo, y discreto y puntual ahora y antes; y por último, una cocinera limpia como el oro, con primorosas manos para todos los guisos de aquella antigua cocina nacional, que satisfacía el estómago sin irritarlo y lisonjeaba el paladar sin pervertirlo. Con ruedas tan excelentes, la casa del marqués funcionaba como un reloj bien arreglado, y el señor se regocijaba cada vez más de haber salido del golfo de Madrid á tomar puerto y carenarse en Fuencar. Su salud se restablecía; el sueño, la digestión y demás funciones necesarias al bienestar de esta pobre túnica perécedera que sirve de cárcel al espíritu, se regularizaban, y en pocos meses el marqués de Torres-nobles echó carnes sin perder agilidad, enderezó algo el espinazo, y su sano aliento indicó que ya la feroz gastralgia no le roía el estómago.

Si el marqués vivía bien, no lo pasaban mal tampoco sus servidores. Para que no le dejasen les pagaba mejores soldadas que nadie en la provincia, y además los obsequiaba á veces con regalos y mimos. Así andaban ellos de contentos: poco trabajo, y ese, metódico é invariable; salario crecido, y de cuando en cuando, sorpresitas del dadivoso marqués.

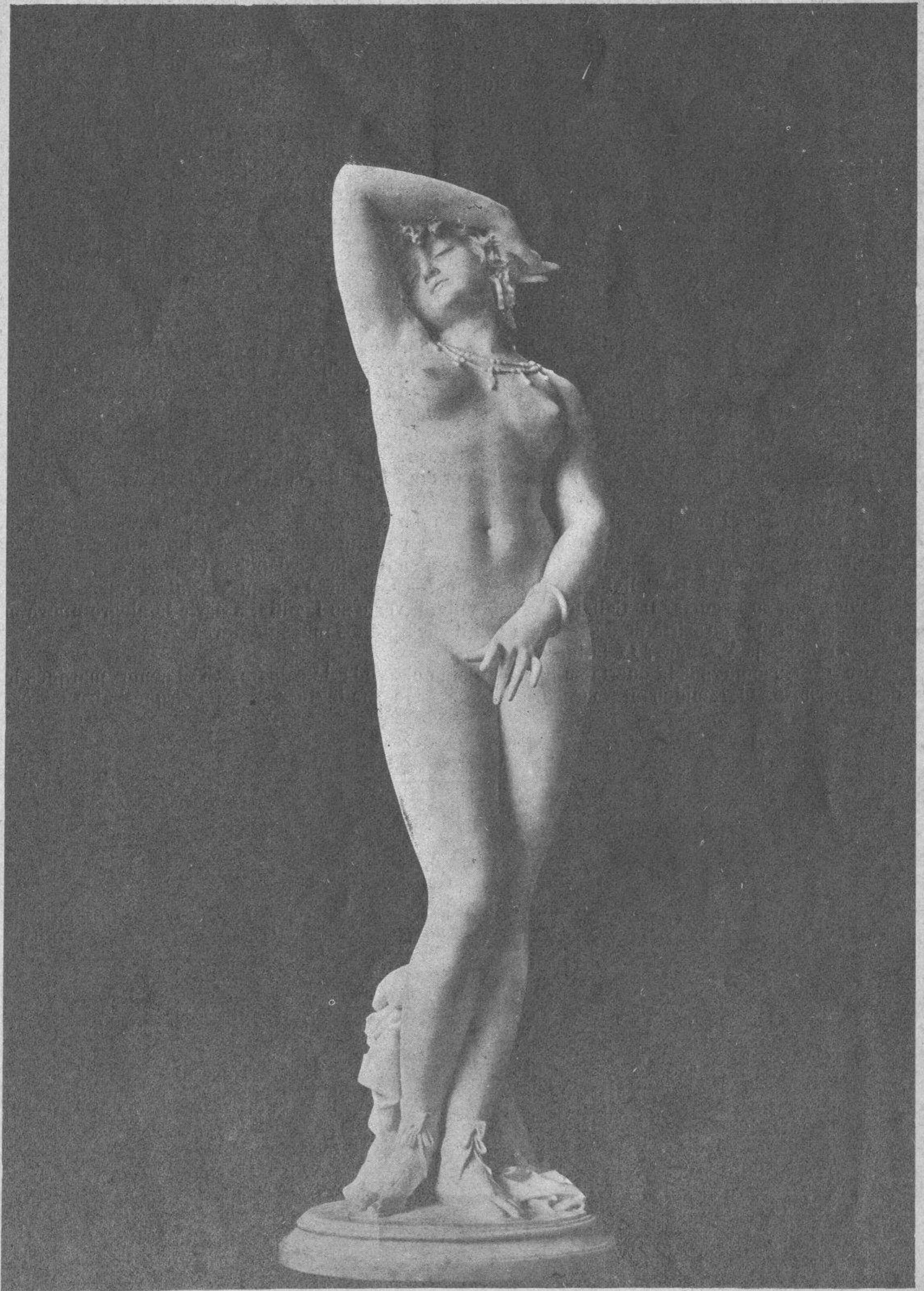
El mes de Diciembre del año antepasado, hizo más frío de lo justo, y la dehesa y término de Fuencar se envolvieron en un manto de nieve como de una cuarta de grueso. Huyendo de la soledad de su gran despacho, bajó el marqués de noche á la cocina del cortijo, y buscando, por instinto de sociabilidad invencible, la compañía del hombre, se arrimó al hogar, calentó la palma de las manos castañeteando los dedos, y hasta se rió de los cuentos que con chuscada andaluza referían el capataz y el pastor, y reparó que la cocinera tenía muy buenos ojos. Entre otras conversaciones más ó menos rústicas que le divirtieron, oyó que todos sus criados proyectaban asociarse para echar un décimo á la lotería de Navidad.

Al día siguiente, muy temprano, el marqués despachaba un propio á la ciudad próxima, y anocheecía cuando el bondadoso señor penetró en la cocina blandiendo unos papeles, y anunciando á sus domésticos, con suma benignidad, que había cumplido sus deseos tomando un billete del sorteo inmediato, billete en el cual les regalaba dos décimos quedándose él con ocho, por tentar también la suerte. Al oír tal, hubo en la cocina una explosión de alegría, con vivas y bendiciones hiperbólicas; sólo el pastor, viejo cano, zumbón y sentencioso, meneó la cabeza, afirmando que el que echaba con señores «espantaba la suerte», de lo cual le pesó tanto al marqués, que condenó al pastor á no llevar ni un real en los décimos consabidos.

Aquella noche el marqués no durmió tan á pierna suelta como solía desde que Fuencar le cobijaba; le desvelaron algunos pensamientos de esos que sólo mortifican á los solterones. No le había gustado pizca la avidez con que sus criados hablaban del dinero que podía caerles. — ¡Esa gente — decía el marqués — no aguardaría sino á llenar la bolsa para plantarme! ¡Y qué planes los suyos! ¡Celedonio (el cochero), habló de poner taberna... para beberse el vino sin duda! ¡Pues la pazguata de doña Rita (era el ama de llaves), no sueña con establecer una casa de huéspedes! Digo, y lo que es Jacinto (era el ayuda de cámara), bien se calló, pero miraba con el rabo del ojo á esa Pepa (la cocinera), que, vamos, tiene su sal... Juraría que proyectan casarse. ¡Bah! (al exclamar ¡bah! el marqués de Torres nobles dió una vuelta en la cama y se arropó mejor, porque se le colaba el frío por la nuca); en resumidas cuentas, ¿qué me importa todo ello? El premio gordo no nos ha de caer y así... tendrán que aguardarse por las mandas que yo les deje! — Y á poco rato el buen señor roncaba. — Dos días después celebrábase el sorteo, y Jacinto, que era más listo que Cardona, se las compuso de modo que su amo tuviese que enviarle á la ciudad en busca de no sé qué provisiones ú objetos indispensables. La noche caía, nevaba á más y mejor, y Jacinto aun no había vuelto, á pesar de salir muy de madrugada.

Estaban los criados reunidos en la cocina, como siempre, cuando sintieron las opacas pisadas del caballo sobre la nieve fresca, y un hombre, en quien reconocieron á su compañero Jacinto, entró como una bomba. Estaba pálido, temblón y demudado, y con ahogada voz acertó á pronunciar:

ESCULTURA EN MARMOL, por F. BARZAGHÍ.



FRINÉ ANTE SUS JUECES.

—¡El premio gordo!!!

Hallábase á la sazón el marqués en su despacho, y, las piernas arrebuajadas en túpida manta, chupaba un habano, mientras el capellán le leía la *política menuda* de *El Siglo Futuro*. De pronto, suspendiendo la lectura, ambos prestaron oído al estrépito que venía de la cocina. Parecióles al principio que los criados disputaban, pero á los diez segundos de atender se convencieron de que no eran sino voces de júbilo, tan desentonadas y delirantes, que el marqués, amostazado y teniendo por comprometida su dignidad, despachó al capellán á informarse de lo que ocurría é imponer silencio. No tardó tres minutos en regresar el enviado, y dejándose caer sobre el diván, pronunció con sofocado acento: «¡Me ahogo!» y se arrancó el alzacuello y se desgarró el chaleco por querer desabrocharlo... Corrió en su auxilio el marqués, y abanicándole el rostro con *El Siglo Futuro*, logró oír brotar de sus labios una frase entrecortada:

—El premio gordo... nos ha tocaaa...ado el prem...

A despecho de sus achaques, brincó hasta la cocina el marqués con no vista ligereza, y llegando al umbral, detúvose atónito ante la extraña escena que allí se representaba. Celedonio y doña Rita bailaban no sé si el jaleo ó la cachucha, con mil zapatetas, saltando como monigotes de saúco electrizados; Jacinto, abrazado á una silla, valsaba rauda y amorosamente; Pepa hería con el rabo de un cazo la sartén, haciendo desapacible música, y el capataz, tendido en el suelo, se revolcaba, gritando ó mejor dicho aullando salvajamente: «¡Viva la Virgen!» Apenas divisaron al marqués, aquellos locos se lanzaron á él con los brazos abiertos, y sin que fuese poderoso á evitarlo, lo alzaron en volandas, y cantando y danzando y echándose unos á otros como pelota de goma, lo pasearon por toda la cocina, hasta que viéndole furioso lo dejaron en el suelo; y aun fué peor entonces, pues la cocinera Pepa, cogiéndole por el talle, quieras no quieras, le arrastró en vertiginoso galop, mientras el capataz, presentándole una bota de vino, se empeñaba en que probase un trago, asegurando que el licor era exquisito, cosa que él sabía á ciencia cierta por haber trasegado á su estómago casi toda la sangre de la bota.

Así que pudo el marqués soltarse, refugióse en su habitación, con ánimo de desahogar su enojo refiriendo al capellán la osadía de sus criados y platicando acerca del premio gordo. Con gran sorpresa vió que el capellán salía envuelto en su capote y calándose el sombrero.

—¿A dónde va V., D. Calixto, hombre de Dios?—exclamó el marqués admirado.

Pues, con su licencia, D. Calixto iba á Sevilla, á ver á su familia, á darle la alegre nueva, á cobrar en persona su parte de décimo, un confite de algunos miles de duros.

—¿Y me deja V. ahora? ¿Y la misa? y...

En esto asomó por la puerta su hocico agudo el ayuda de cámara. Si el señor marqués le daba permiso, él también se marcharía á recoger lo que le tocaba. El marqués alzó la voz,

J. COOMANS



DE VUELTA DE LA PESCA.



UN PASO PELIGROSO.

diciendo que era preciso tener el diablo en el cuerpo para largarse á tales horas y con una cuarta de nieve, á lo cual respondieron unánimes D. Calixto y Jacinto que á las doce pasaba el tren por la estación próxima, que hasta ella llegarían á pie ó como pudiesen. Y ya abría el marqués la boca para pronunciar: «Jacinto se quedará, porque me hace falta á mí,» cuando á su vez se encuadró en el marco de la puerta la rubicunda faz del cochero, que sin pedir autorización y con insolente regocijo venía á despedirse de su amo porque él se largaba ¡ea! á coger esos monises.

—¿Y las mulas?—vociferó el amo.—¿Y el coche, quién lo guiará, vamos á ver?

—Quien vucencia disponga... ¡Como yo no he de cochar más!... —respondió el auriga volviendo la espalda y dejando paso á doña Rita, que entró no medrosa y pisando huevos como solía, sino toda despeñada, alborotadica y risueña, agitando un grueso manajo de llaves, que entregó al marqués advirtiéndole:

—Sepa vucencia que ésta es de la despensa... ésta del ropero... ésta del...

—¡Del demonio que cargue con V. y con toda su casa, bruja del infierno! ¿Ahora quiere V. que yo saque el tocino y los garbanzos, eh? Váyase V. al...

No oyó doña Rita el final de la imprecación, porque salió pitando, y tras ella los demás interlocutores del marqués, y en pos de éstos el marqués mismo, que les siguió furioso al través de las habitaciones y estuvo á punto de alcanzarles en la cocina, sin que se atreviese á seguirles al patio por no arrostrar la glacial temperatura. A la luz de la luna que argentaba el piso nevado, el marqués les vió alejarse, delante D. Calixto, luego Celedonio y doña Rita de braceró, y por último Jacinto muy cosido á su silueta femenina que reconoció ser Pepa la cocinera... ¡Pepilla también! Tendió el marqués la vista por la cocina abandonada, y vió el fuego del hogar que iba apagándose, y oyó una especie de ronquido animal... Al pie de la chimenea, muy esparramado, el capataz dormía la mona.

A la mañana siguiente, el pastor, que no quiso «espantar la suerte», hizo para el marqués de Torres-nobles de Fuencar unas migas y un ajo molinero, y así pudo este noble señor comer caliente el primer día que se despertó millonario.

Me parece excusado describir la suntuosa instalación del marqués en Madrid; lo que sí no debe omitirse es que tomó un cocinero cuyos guisos eran otros tantos poemas gastronómicos. Se sospecha que los primores de tan excelso artista, saboreados con excesiva deleitación por el marqués, le produjeron la enfermedad que le llevó á la tumba. No obstante, yo creo que el susto y caída que dió cuando se desbocaron sus magníficos caballos ingleses, fué la verdadera causa de su fallecimiento, ocurrido á poco de habitar el palacio que amuebló en la calle de Alcalá.

Abierto el testamento del marqués, se vió que dejaba por heredero al pastor de Fuencar

EMILIA PARDO BAZÁN

P. TILLIER



LE RÉVEIL.

EL PECECILLO

(FÁBULA INMORAL)

Al gran Júpiter Tonante
se quejaba un pececillo
de que los peces mayores
se comían á los chicos;
asi es que nunca el pobrete
podía vivir tranquilo,
porque de ser devorado
corria siempre el peligro.
—Yo mejoraré tu suerte—
el gran Júpiter le dijo,—
yo mandaré á los mayores
que respeten tu individuo.—
—Muchas gracias,—dijo el pez,—
pero hubiera preferido
que, en vez de ese privilegio,
que yo agradezco infinito,
pero que seguramente
me malquista con los míos,
me hubierais hecho pez grande
para cómerme á los chicos.

JOSÉ ESTREMERÁ

EL ÁGUILA

Así pudiera la mente
seguir tu rápido vuelo,
y entre ese azul transparente:
alzar erguida la frente;

Cruzar contigo la esfera,
y ver el alba hechicera
en su carro de diamante
derramar la luz primera
en los mares de levante.

¡Cuán poderoso y ufano
se ostentará en esa altura
sobre tus alas, liviano,
algún genio soberano
aspirando al aura pura!

Verse en los aires perdido,
envuelto en la parda bruma,
un trono ver en tu pluma,
y ese trono suspendido
sobre un abismo de espuma.

Quizá contigo girando
tocara su frente el cielo,
y refrenando tu vuelo
quisiera esconderme en él;
y ambicioso coronarse
con la celeste aureola,
dejando olvidada y sola,
la corona de laurel.

Quizá entre nubes de nácar
cercado su puro ambiente,
buscará la llama ardiente
en las entrañas del sol;
y luchara, y le venciera,
y audaz en la empírea lumbre,
le arrebatara su lumbre,
y su carro y arrebol.

Mas eres tú tan liviana,
señora y reina del viento,
que pones tu regio asiento
sobre un trono de vapor;
y, entre celajes envuelta,
desdeña tu vista el suelo
que tiene más cerca un cielo
de incomparable valor.

De nubes el pavimento
en sus variados colores
retrata alfombras de flores
que engalana tu dosel;
y ufana estás en la altura,
envidia dando á la aurora
con el sol que pule y dora
tu magnífico escabel.

No bajas, no, de ese trono,
que es el cielo quien le abona;
por eso te dió corona
de plumas para reinar,
y, al subir al firmamento,
también te dió en el espacio
un zafirino palacio
que debes siempre habitar.

Hubo un tiempo que, cansada
de estar inmediata al cielo,
girando con raudo vuelo
quisistes al mundo ver,
y vistas pueblos guerreros,
y pueblos también dormidos,
los de Babel confundidos
y los de Sódoma arder.

Vistes ciudades profanas,
sus idolos entre aroma,
y la opulencia de Roma
de cúpulas al través;
y entre sus templos y pórticos
contemplaste el Capitolio
y en él pusiste tu solio
y el mundo tembló á tus pies.

Al ver tu dosel emíreo,
alegre cantó el romano,
y allá las puertas de Jano
sintiéronse rechinar.
Y diz murmuró el oráculo,
y al frente de sus legiones
vencistes á las naciones
que quisieron batallar.

Serena sobre los aires,
tendidas las rojas alas,
batiendo tal vez las galas
que el romano te prendió,
no viste nada en el mundo,
que aumento diera á tu gloria,
y en palmas de la victoria
las glorias te adormeció.

Cesó el estruendo guerrero,
cesaron ya los clamores
que alzaban los vencedores
ansiosos de combatir;
y los acentos callaron.
de las músicas marciales
y de los carros triunfales
el resonante crugir.

El Tiber rizó sus ondas,
y, por la vega tendido,
de perlas enriquecido
derramaba su cristal;
ó en su leve movimiento
alzaba blando murmullo
sirviéndote á ti de arrullo
los ecos de su raudal.

Mal haya la dulce calma
que gozastes en tu sueño,
y aquel porvenir risueño
que pensabas entrever!
El mundo te vió dormida,
y, tu sueño aprovechando,
lanzó sobre ti bramando
el yugo de su poder.

¿De qué te sirvieron, reina,
tus conquistados blasones.
tus centurias y legiones,
dispuestos á pelear?
¿De qué tus carros de triunfo,
de qué tus ídolos vanos,
ni tus dominios romanos
dilatados por la mar?

Aquellas glorias pasaron,
quedando para memoria
grabado en la antigua historia
como purpúreo borrón,
que, al sacudir tu letargo,
del Tiber en las espumas
cayeron tus rojas plumas,
y con ellas tu blasón.

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ

A ELENA

SONETO

Naci, soberbio en miserable cuna;
volé al combáte y alcancé renombre:
mi salvaje valor y mi fortuna
me hicieron luego despreciar al hombre.

El ronco son de la batalla hirviente,
el bosque solitario con su calma,
ni un pensamiento levantó en mi mente
ni un sentimiento despertó en el alma.

Tú solamente, Elena, vida mía,
tú, como Dios que arranca con su mano
agua sin fin del pedernal que toca,
sacaste amor y sentimiento humano
de este desierto corazón de roca.

ADELARDO LOPEZ AYALA

ESCULTURA EN MARMOL, por LEROUX.



UNA MADRE JUGANDO CON SU HIJO.

MISCELANEA

Entre amigos de café:

—¿Y V. no va nunca á ningún entierro?

—Nunca.

—¿Ni á los de sus mejores amigos?

—Tampoco. Estoy resuelto á no ir más que al mío.

* * *

Un individuo hace el amor á una señora que no le corresponde.

Ésta, en un momento de furor, le dice:

—Se equivocó V., caballero; yo soy una mujer honrada.

—Lo sé, señora; pero mis medios no me permiten dirigirme más que á las señoras de bien.

* * *

En un álbum:

Decid á una mujer que vais á mataros por ella, y os suplicará que no lo hagáis.

Hacedlo y se envanecerá de vuestra obra.

* * *

En una sociedad de seguros sobre la vida:

Un individuo va á pagar un cuarto trimestre, y uno de los empleados le dice:

—¿Sabe V. que aquel caballero que firmó la póliza el mismo día que V. ha muerto?

—Sí, ¿y qué?

—Murió al día siguiente de la inscripción y ha tenido más suerte que V.

—¿Por qué?

—Porque no pagó más que la primera cuota.

* * *

En una tienda de ultramarinos.

—Deme V. un real de te.

—¿Negro ó verde?

—Lo mismo da. La señora es ciega.

* * *

Una señora acaba de perder á su esposo.

Al día siguiente va á darle el pésame un amigo que la encuentra tocando el arpa.

—¡Dios mío!—exclama el recién llegado—esperaba encontrarla á V. desesperada.

—¡Ah!—responde la viuda—ayer era cuando había de verme.

Después de un discurso latino pronunciado en un seminario, un labrador que había ido allí á ver á su hijo exclama:

—¡Y pensar que los romanos oían hablar así todos los días! ¡Qué paciencia necesitaban!

* * *

La hija de un borracho lee á su padre la Historia sagrada.

Al llegar al diluvio exclama el buen hombre:

—¡Agua durante cuarenta días! Pasemos, hija mía, á las bodas de Canaán.

* * *

Un autor dramático primerizo lee una comedia al empresario de un teatro.

Empieza la lectura y dice:

—Primer acto: sala extraordinariamente pobre.

—No siga V.

—¿Por qué?

—Porque su obra no me sirve. ¿Cree V. qué el público viene á mi teatro á ver miserias?

* * *

Gedeón se ve obligado á aceptar un desafío y llega al sitio designado con una hora de retraso.

—¡Cuánto siento, señores,—dice dirigiéndose á los padrinos de su adversario—haberles hecho esperar. ¡Pero podían Vdes. haber empujado sin mí!

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Propietario:
Pedro Motilba.

Director:
V. Suárez Casañ.

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Semestre..	5 ptas.
Año.	8 ,
Extranjero y Ultramar.	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Imprenta LA ILUSTRACION, a cargo de Fidel Giró. Calle de Valencia, 311 — Barcelona.